

XIV

Así Glatigny, y luego Mendes, ejercieron en mi espíritu instintivamente "camarada", dicho sea para atenuar la palabra de cómplice más arriba empleada, que sería harto fuerte en fin de cuentas, el dominio que era menester, mediante la alegría de tener razón en espíritus de mi edad o casi de mi edad.

¿Por qué no, puesto que estaba indicada esa alianza con iguales a quienes yo tenía entonces, como son en realidad, por unos iguales admirados?

Admirados, sí, o, mejor todavía, amados.

Porque ¿qué compañero mío no fué, en espera de ser tan mi amigo, Catulo Mendes, y qué amigo mío no fué, antes de ser mi camarada, desde el primer momento, Alberto Glatigny?

Esto y aquello sin conocer personalmente ni al uno ni al otro de esos hermanos, pero recitando, para mí, casi como si fueran mis oraciones de la noche y la mañana, ¡ay!, entonces olvidadas, trozos de versos por este estilo:

Aquel día mi amiga Alina lucía un sombrerito verde.  
A lo lejos coraceros que armaban un ruido de cobre...

... ..  
Me gustan rostros curtidos que luzcan el "haubert".  
Morir es más hermoso que bueno es el vivir,

## C O N F E S I O N E S

---

Y cuando la batalla espantosa se empeña  
El más feliz se llama Murat o Canrobert.

... ..  
¡Archel, dijo riendo mi lindo coronel.

... ..  
Y ya ven que había en efecto motivo para volar con todo nuestro ser hacia ese juvenil talento, ¡tan galano ya!

Cuanto a Glatigny, permitánme que hable de ello por el momento más largamente, a fin de volver luego mejor a mí, no menos glorioso, y espero que por mucho tiempo sobreviviente, "compañero de armas".

Esa es la palabra, pues en nuestro tiempo púsose de moda el ser militante y nosotros teníamos todavía algo de la sangre de los Petrus Borel y de esos Filoteo O'Neddy, que morirían entre nosotros si no hubiera todavía aquí jóvenes, aunque tengan cuarenta o cincuenta años, ¡con el diablo en el cuerpo, por añadidura!

¡Oh, aquel Glatigny! Su libro *Las vides locas*, donde toda la audacia, toda la grande y hermosa facundia francesa fueron encontradas para que luego tú, ¡oh, Ponchón!, volvieses a encontrarlas en otra forma totalmente distinta, no menos poderosa. Su comedia *¡Hacia los cambios de viento!*

A quien lo quiera le echo el corazón, ¡yo ya estoy harto  
(de él!

Su volumen de debajo de la capa y del fondo de la cueva: *Alegrías galantes*.

El excelente poeta cuyas escorias te ofrecemos  
Buen lector, fué en su tiempo, uno de esos pillastres  
Que se ven... bajo las armas.

Por otra parte, aceptando con orgullo la dureza de su vida, que todo lo sufrió en este mundo, hasta el ser detenido por el "mariscalato" de Córcega como asesino del presidente Poissant, él, que le respondió al fiscal:

—¡Si no soy otra cosa que el hijo de un gen-darme!

Lo que era cierto.

Estas notas son harto anecdóticas para que mi corazón y mi gusto insistan demasiado sobre ese querido muerto, del que volveré a hablar dentro de un instante.

Cuanto a Catulo Mendes, fué para mí un mago, a quien se le debe todo homenaje, a despecho de alguna disidencia que yo no he de prohibir a mi amistad tan profunda no callarla cuando sea menester.

Pero eso no importa, y loor a esos dos compañeros de mi juvenil miseria... para tomada a risa en aquellos tiempos, no mucho más ricos que yo..., por más que se haya dicho:

## C O N F E S I O N E S

---

¡Ah, qué pobre es Rothschild! No ha visto a Lagny. Jamás gozó alegría.

El rico es ese poeta llamado Glatigny...

Y porque el poeta es siempre pobre hasta cuando se llama Byron, Lamartine o Tennyson.

Cierto que ahí están Homero, Chatterton, y a falta de algo mejor, aquí estamos casi todos nosotros, los modernos, jóvenes y viejos.